

¿EL DIÁLOGO IMPOSIBLE?

Antonio Garrigues Walker
La Vanguardia
22 Enero, 2020

En el diario oficial del Ministerio de la Guerra del Domingo 2 de octubre de 1934, se publicó un parte oficial del Presidente del Consejo de Ministros en el que se anunciaba lo siguiente: “En Cataluña, el Presidente de la Generalidad, con olvido de todos los deberes que le impone su cargo, su honor y su responsabilidad, se ha permitido proclamar el Estat Catalá. Ante esta situación, el Gobierno de la República ha tomado el acuerdo de proclamar el estado de guerra en todo el país”.

Lamento recordar este dato histórico pero mi propósito es insistir en la necesidad de conceder al diálogo, como instrumento de superación de discrepancias, el valor decisivo que tiene y la obligación de practicarlo en todas las situaciones con buena voluntad y con integridad moral.

En el tema catalán se están alcanzando límites peligrosos que pueden conducir a imposibilitar el diálogo. Hay grupos que se otorgan sin razón alguna el ejercicio de la violencia y muchos independentistas no reaccionan con el vigor debido para condenar estos comportamientos ilegales y antidemocráticos.

Cataluña es sin duda una de las comunidades más cultas y civilizadas en nuestro país y hasta ahora siempre ha dado ejemplo de esos valores. Pero en los últimos tiempos la polarización está avanzando sin control alguno en una sociedad que está dividida prácticamente al 50% entre constitucionalistas e independentistas.

Antes de continuar, recordemos una vez más el consejo de Ortega: “El problema catalán es un problema que no puede resolverse. Ha existido antes de la unidad peninsular y seguirá mientras España subsista, por lo que solo puede conllevarse”. Este análisis y la expresión de “conllevarse” han abierto polémicas varias llenas de interés que demuestran la complejidad y la dificultad de un tema del que me ha ocupado en varias ocasiones en La Vanguardia y quiero ahora resumir las ideas que allí expresé para concluir con una recomendación final.

Catalunya se merece un respeto, un gran respeto, y España en su conjunto tendrá que hacer el esfuerzo necesario para conocer cómo piensan y que quieren los ciudadanos catalanes al margen de las distorsiones mediáticas y políticas. Catalunya tiene que sentir por de pronto la profunda admiración del resto de España por todo lo que ha hecho -más sin duda que ninguna otra comunidad- en el proceso de desarrollo, modernización y enriquecimiento de nuestra vida democrática, económica y cultural. Sin Catalunya hubiera sido absolutamente imposible alcanzar el grado de progreso actual. Catalunya tiene que sentir además que respetamos sin reservas -e incluso con cierta envidia- la pasión por su identidad, por su lengua, por su cultura, por su historia y también sus deseos de alcanzar las máximas cotas posibles de autogobierno. No hay obstáculos legales insalvables en este proceso. Tenemos un sistema autonómico –que es una de las formas de ser federal- que admite crecimientos asimétricos en estos temas sin suponer en cuestión ni en riesgo la igualdad y la solidaridad. Es una cuestión de tacto, equilibrio y sensatez política. Por su parte Catalunya tendrá que reconocer la contribución de España a su desarrollo global y en concreto la contribución económica tan decisiva y esencial como la de Catalunya a España y también su integración en un Estado que ha dado ya a su autonomía tanta o más capacidad de acción que la que tienen la mayoría de los estados federales del mundo. Un dato que suele olvidarse.

¿Cómo mejorar la situación actual? ¿Hay algún obstáculo? Un obstáculo importante reside sin duda en aquellas personas que hacen imposible un entendimiento civilizado, deslegitimando y descalificando a los que mantienen opiniones contrarias y falseando sin pudor alguno los argumentos en los que basan su posición. Son personas que se niegan a aceptar que entre una independencia imposible en estos momentos y una dependencia abusiva, tienen que existir soluciones válidas y positivas. El margen para mejorar la relación con Cataluña es verdaderamente grande.

Por de pronto habrá que aceptar que no es solo un problema político para políticos y que la sociedad civil, tanto a nivel de personas como de instituciones,

podría vertebrar una relación amplia y profunda que acabaría siendo el único muro eficaz frente a todos los extremistas.

Me refiero especialmente al mundo de las academias, las universidades, las fundaciones y las asociaciones que no pueden seguir renunciando a su responsabilidad y su protagonismo en este problema. Tolerar que solo se escuchen los mediocres y cansinos mensajes políticos es asumir un riesgo grave, un riesgo seguro. Hay que hacer mucho más. Hay que construir puentes. Hay que generar encuentros valientes y comprometidos. Sería bueno, por ejemplo, restaurar, adaptándolo a estos tiempos, el Premio Blanquerna que se inició en 1993 con Fernando Lázaro Carreter y se cerró en 2010 con Iñaki Gabilondo. Era un reconocimiento de la Generalitat a aquellas personas que se hubieran distinguido por su contribución al desarrollo y conocimiento de Cataluña y el acto de entrega se convertía en una ocasión magnífica para dialogar sobre cómo mejorar nuestra relación con esa comunidad.

Hay que rechazar categóricamente la idea de que el diálogo es o acabará siendo imposible y dejarse ya de mentiras y de insultos para inflamar la hispanofobia o la catalanofobia. No nos merecemos que se nos trate con tanta incultura y tanto desprecio. Cállense de una vez los que gozan acercándonos a una colisión torpe y necia. Se pongan como se pongan prevalecerán la sensatez y el buen sentido. Nos sobra seny catalán y español.